

Spanish Sermon 25 August 2024

St. Luke/San Lucas

1 Kings 8:1,6,10-11,22-30,41-43; Psalm 84; Ephesians 6:10-20; John 6:56-69

Señor, hazme un instrumento de tu paz.
Donde haya odio, que yo siembre amor;
donde haya injuria, perdón;
donde haya duda, fe;
donde haya desesperación, esperanza;
donde haya tinieblas, luz;
y donde haya tristeza, alegría.
Oh Divino Maestro, haz que yo no busque tanto
ser consolado como consolar;
ser comprendido como comprender;
ser amado como amar.
Porque es dando como recibimos;
es perdonando como somos perdonados;
y es muriendo como nacemos a la vida eterna.
Amén.

Hemos llegado al final de la serie de lecturas del evangelio relacionadas con el pan, y aunque es tentador continuar con ese tema, un par de frases más en nuestro evangelio de hoy me llamaron la atención. Cuando los discípulos oyeron la enseñanza de Jesús, dijeron: «Esta enseñanza es difícil; ¿quién puede aceptarla?» Pero Jesús, al darse cuenta de que sus discípulos se quejaban de ello, les dijo: «¿Esto os ofende?»

Esta enseñanza es difícil; ¿quién puede aceptarla?
¿Esto os ofende?

¿Nos resultan difíciles las enseñanzas de Jesús? ¿Nos ofenden?

¿Nos resultan difíciles las palabras de nuestros predicadores? ¿Nos ofenden?

¿Nos resulta difícil la iglesia? ¿Nos ofende lo que vemos, lo que oímos, lo que experimentamos?

Quizás ya se habrán dado cuenta de que este no va a ser un sermón cómodo, no para que yo lo dé ni, tal vez, para que todos ustedes lo escuchen, pero a veces, a veces, necesitamos abordar lo difícil, necesitamos superar nuestra incomodidad, examinar por qué nos sentimos ofendidos.

Con esto en mente, me gustaría echar un vistazo, no a nuestra lectura del evangelio, sino a nuestra epístola. Cuando era niño, tenía que memorizar versículos bíblicos para la escuela dominical y para nuestra clase de religión en la escuela. Empezábamos con versículos

individuales, luego segmentos y avanzábamos hasta capítulos completos. Efesios 6 es uno de los primeros capítulos completos que tuve que memorizar, en la versión King James, por supuesto, y por eso, si a veces me tropiezo con la redacción, quiero que sepan que es porque he pasado más de cuarenta años con ella grabada en mi mente, solo que con una fraseología ligeramente diferente.

Esta sección de Efesios 6 contiene imágenes de guerra, una descripción de “toda la armadura de Dios” con la que debemos revestirnos para estar firmes contra las asechanzas del diablo, contra gobernantes, contra autoridades, contra poderes cósmicos, contra maldad espiritual en los lugares altos. Las imágenes, el lenguaje, el sonido y el ritmo de los versículos traen a la mente guerras, conflictos y destrucción.

Para mí, cuando era niña, al memorizar estos versículos, no me imaginaba al soldado romano que nuestros maestros ponían en el franelógrafo, sino a los superhéroes de dibujos animados de la época: Batman con su coraza sólida, su capa suelta y su casco con orejas; la Mujer Maravilla con su lazo de la verdad y su ancho cinturón protector; personajes más grandes que la vida, capaces de ejercer su poder contra el mal, de usar su fuerza para conquistar, para destruir a los demonios, los poderes cósmicos, los villanos de su época.

Al volver a leer este pasaje como adulta, después de haber pasado muchas horas luchando, para ser honesta, con algunas de las palabras difíciles de Jesús, con algunos de los pasajes difíciles de entender de Pedro y Pablo, con el hábito del Nuevo Testamento de dar giros inesperados a los textos, estoy bastante segura de que mi comprensión original de estos versículos pasó por alto por completo el punto del autor y de Dios. Así que me gustaría invitarlos a que viajen conmigo y que observen nuevamente este pasaje, esta armadura, pieza por pieza.

El autor de Efesios nos llama a permanecer firmes, con nuestros lomos ceñidos con la verdad o, en nuestra traducción más moderna, abrochando el cinturón de la verdad alrededor de nuestra cintura. Ahora bien, creo que todos estamos familiarizados con los diez mandamientos y su mandato de no mentir. Sabemos que, en nuestras propias palabras, con nuestras propias acciones, debemos ser honestos, francos, veraces. Pero llevemos esto un poco más allá.

¿Somos honestos con nuestra sociedad? ¿Buscamos la verdad, la verdad incómoda que nos rodea? ¿Vemos a las personas sin hogar en las esquinas de nuestras calles o miramos para otro lado cuando pasamos en auto? ¿Examinamos qué está causando la falta de vivienda? ¿Qué hay en nuestros sistemas sociales, económicos y políticos que deja a las personas sin refugio? ¿Estamos listos para esa verdad, esa verdad incómoda, difícil y ofensiva de que no todos están bien en nuestro mundo actual?

Y, mientras continuamos nuestra búsqueda de un sacerdote, ¿estamos dispuestos a mirar con sinceridad a nuestra comunidad aquí hoy? ¿Estamos dispuestos a celebrar todas esas

cosas maravillosas, generosas y amorosas que nuestra iglesia nos brinda? ¿Estamos también dispuestos a mirar con ojos veraces, solidarios y honestos aquellas áreas en las que quizás, solo quizás, no estemos viviendo de acuerdo con las palabras de Jesús, donde todavía estamos en proceso de construcción? Sí, esto es difícil. Incluso podemos sentirnos ofendidos. ¿Estamos dispuestos a permanecer firmes en estas verdades?

Y ese es sólo el primer elemento de la armadura. Hay más, y algunos de ellos pueden ser incluso más difíciles, más incómodos. El autor de Efesios nos insta a continuación a ponernos la coraza de la justicia. Ahora bien, la justicia es una palabra muy eclesiástica. Para mí, me recuerda esas pinturas de santos con aureolas y expresiones ligeramente torturadas, mirando al cielo. Una traducción más moderna y accesible podría ser que nos pongamos la coraza de la vida correcta. Este es un llamado a hacer lo correcto.

Una vez más, creo que la mayoría de nosotros tratamos de vivir una vida recta, tratamos de hacer lo correcto. Hablando por mí mismo, a menudo no logro alcanzar mi estándar ideal de perfección (esa cuestión de la paciencia es todavía un trabajo en progreso), pero me esfuerzo por vivir correctamente, por mostrar amor, por no hacer daño.

Pero ¿es suficiente? ¿Es suficiente para vencer todos esos dardos de fuego del maligno a los que se refiere Efesios? ¿Qué sucedería si ampliáramos nuestra vida correcta no solo a nuestras acciones individuales, sino también a nuestros esfuerzos comunitarios? ¿Es nuestro sistema de justicia penal un ejemplo de vida correcta? ¿Combina justicia con misericordia? ¿Trata a todos los que se presentan ante él por igual?

Y, como comunidad religiosa, ¿estamos activamente comprometidos con la vida correcta? ¿Estamos alimentando a los hambrientos, cuidando a las viudas y los huérfanos, mostrando amor y respeto a todas las personas? Sí, estamos haciendo algo de eso, pero ¿estamos haciendo lo suficiente? Más de esas preguntas difíciles e incómodas.

La siguiente prenda de vestir es una de mis favoritas. La versión King James nos llama a tener los pies calzados con la preparación del evangelio de la paz, mientras que nuestro lenguaje de la Nueva Versión Estándar Revisada nos dice que nuestros zapatos son para sus pies (en serio, ¿dónde más los pondríamos?), de todos modos, nuestros zapatos deben ser lo que lo prepare para proclamar el evangelio de la paz.

El equipo de los jueves, nuestro maravilloso grupo de voluntarios que pasan horas cuidando nuestros edificios y jardines, recientemente renovó la sala junto a la chimenea de la planta baja. Primero, quitamos todos los muebles viejos y rotos. Luego, quitamos todo de las paredes y lavamos años de suciedad, y también mucha pintura vieja. A esto le siguió el relleno y la reparación de los agujeros, el lijado y alisado de las paredes, la colocación de cinta adhesiva en los bordes y, finalmente, nos pusimos a pintar. La preparación fácilmente llevó tres o cuatro veces más tiempo que la pintura en sí. Y eso es cierto con tantos proyectos: pintura, reparaciones del hogar, jardinería, música. Para lograr cualquiera de estos, uno debe invertir horas de trabajo, a menudo duro, en los preparativos.

¿Hacemos el mismo esfuerzo por lograr la paz? ¿Invertimos tiempo en capacitarnos para desescalar conflictos? ¿Estudiamos y practicamos la escucha activa y compasiva? ¿Estamos abiertos a cambiar la forma en que nos comunicamos, nos expresamos y hablamos entre nosotros para reducir los conflictos? Y, en los momentos en que nos sentimos ofendidos, ¿estamos dispuestos a trabajar con esas emociones, a sopesar cuidadosamente nuestras palabras y a trabajar por la paz? No es una tarea fácil, pero es lo que estamos llamados a hacer.

Y ahora llegamos a una de mis partes favoritas, la de apagar esos dardos de fuego del maligno, usando un escudo, un escudo de fe. Aunque hay cierta discusión entre los expertos, muchos piensan que los soldados romanos solían colocar sus escudos de cuero en agua antes de las batallas, para hacerlos más resistentes al fuego. ¿Nos protegemos regularmente con la fe? Cuando nos enfrentamos a desafíos en la vida, con ira u odio, confusión o dolor, ¿recurrimos a nuestra fe? ¿Realizamos regularmente acciones que fortalezcan nuestra fe, sumergimos nuestro escudo en el agua de nuestro bautismo, aferrándonos firmes a las promesas de Dios, promesas de amor, de fortaleza, de consuelo?

Tomen el casco de la salvación. Interesante. Siempre he pensado en la salvación como algo más emocional, pero aquí es una cubierta para la cabeza, una protección para nuestro intelecto, nuestra mente. ¿Somos capaces de creer en la salvación hasta tal punto que podamos soportar los bombardeos de negatividad, de alarmismo? Se nos ha prometido la salvación, porque por gracia sois salvos por medio de la fe. Es un don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe. Tenemos la salvación. Es nuestra. Pero ¿hemos tomado la acción de ponérsela? La tenemos, pero ¿la estamos usando, no solo para protegernos, sino para apagar activamente esos dardos de fuego?

Por último, llegamos a mi parte favorita (sí, me gustan los zapatos, pero admitámoslo, las espadas siempre me han parecido muy divertidas). Tenemos la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios. Mi experiencia con las espadas es extremadamente limitada, pero de hecho surgió una vez cuando estaba en el consejo escolar en Moscú. Ahora bien, la escuela internacional allí, como la mayoría de las escuelas, tenía una regla contra las armas en el campus. Un año, recibimos una solicitud de exención. Una de las estudiantes era miembro del Equipo Nacional Juvenil Ruso de Esgrima y quería llevar sus espadas a la escuela para poder practicar durante la clase de Educación Física. Sus entrenadores y padres argumentaron que necesitaba pasar más tiempo con la espada en la mano, para que pudiera convertirse, no en una herramienta con la que luchar, sino más bien en una extensión de su cuerpo. Algo que fuera tan natural, tan arraigado en ella, que se sentiría desnuda o desequilibrada sin ella.

¿Tenemos nosotros esa misma relación con las Escrituras? ¿Es tan parte de nuestras vidas que ni siquiera necesitamos pensar en ellas, que se vuelven algo natural, una parte de nuestro ser? ¿Estamos lo suficientemente familiarizados con las Escrituras como para

que, cuando nos enfrentamos a algo en la vida, podamos recordar un versículo, una historia, una lección que se relacione con lo que estamos enfrentando?

Te invito a hacer un pequeño experimento. Si digo la palabra “amor”, ¿puedes pensar en una referencia bíblica? No en un capítulo y versículo, sino en la idea. De tal manera amó Dios al mundo. Fe, esperanza y amor, y el mayor de ellos es el amor. O amar a tu prójimo como a ti mismo.

Bien, ahora, ¿qué pasa si digo la palabra “envidia” o, si creciste con la versión King James, “codicia”? Uno de los diez mandamientos, como por ejemplo, no lo hagas. ¿Qué pasa con nuestra lectura del Antiguo Testamento de hace unas semanas, cuando David codició a Betsabé, la esposa de otra persona? No es solo un mandamiento sino una ilustración de lo que sucede cuando codiciamos algo o a alguien.

¿Conocemos suficiente escritura, hemos pasado suficiente tiempo con nuestra Biblia, para que se convierta en una extensión de nosotros mismos, una parte de nosotros mismos? ¿Dormimos con ella, soñamos con ella, meditamos en ella, día y noche?

Como Jesús les dijo a sus discípulos, estas enseñanzas son difíciles y pueden ofender. De hecho, nuestro evangelio afirma que muchos de los discípulos que habían estado siguiendo a Jesús se volvieron atrás y ya no iban con él. Solo unos pocos, los doce, se quedaron, e incluso entre ellos estaba el que traicionaría a Jesús.

Pero aquí está la parte importante: Dios nos ama. Dios nos ha dado el don de la salvación. Sí, Dios nos desafía. Dios nos da tareas difíciles en este mundo. Dios puede incluso hablar sin rodeos a veces, causando ofensa. Pero Dios nunca, nunca, nunca, nos abandona. Cuando fallamos, y lo haremos, Dios sigue estando allí, levantándonos, esperando con los brazos abiertos mientras lo intentamos de nuevo.

Nuestra tarea en todo esto es aceptar el don de Dios, creer en el amor de Dios y tratar, siempre tratar, de ponernos esa armadura de la verdad, de la vida recta, de la paz, de la fe, de la salvación, de la Palabra de Dios. Mantenernos firmes y, cuando nuestras propias fuerzas fallen, saber que Dios está ahí. Amén.